

## ALGUNOS ANTECEDENTES DEL PERSONAJE DE LA TÍA TULA

### *Some Background on the Character "Tía Tula"*

Manuel CIFO GONZÁLEZ  
*Instituto de Bachillerato de Torrevieja (Alicante)*  
*Avda. Bielsa y Monje, s/n. E-03180*  
*Torrevieja (Alicante, España)*

BIBLID [0210-749X (1996) 31]

Ref. bibliogr. CIFO GONZÁLEZ, Manuel. Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1996, 31, páginas 23-35

En una carta dirigida a su amigo Juan Maragall el día 3 de noviembre de 1902, apunta Unamuno la posibilidad de que el caso de la tía Tula responda a un hecho histórico, a una realidad de carne y hueso más allá de la ficción literaria. Escribía don Miguel:

“Ahora ando metido en una nueva novela, *La tía*, historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que se le muere. Vive con el cuñado, a quien rechaza para marido, pues no quiere *manchar* con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de castidad sus *hijos*. Satisfecho el instinto de maternidad, ¿para qué ha de perder su virginidad? Es virgen madre. Conozco el caso”<sup>1</sup>.

Con independencia de que el hecho sea real o no, lo cierto es que se pueden descubrir algunos claros paralelismos entre la tía Tula que protagoniza y da

1. *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1967, tomo IX, p. 41.

título a la novela publicada en 1921 y otros personajes históricos o literarios, a los cuales hemos llamado antecedentes. Y, a la hora de estudiar los que resultan más significativos, vamos a comenzar analizando los citados por el propio Unamuno en el prólogo de dicha novela: las figuras de Santa Teresa, don Quijote, Antígona y Abisag.

Por lo que se refiere a Abisag, la sunamita, ésta representa una de esas “esposas de espíritu, castísimas”, que, al igual que Tula, extrema sus cuidados hacia el rey David sin que ello suponga menoscabo alguno para su virginidad. Como se nos narra en el capítulo 1 del Libro I de los Reyes, Abisag durmió en el lecho del viejo rey David para darle calor, pero sin que éste llegase a conocerla carnalmente. En tal sentido, escribe Unamuno en el capítulo 4 –dedicado a Abisag– de su libro *La agonía del cristianismo* (1925) que, aunque el texto bíblico no lo dice, “David debió morir en brazos de Abisag, la sunamita, su última esposa, que calentaba su agonía con besos y con abrazos, que acaso le cunó el último sueño con una brizadora maternal. Porque Abisag, la virgen, aquella a la que no conoció David y ella no conoció a David sino en deseo, fue la última madre del gran rey”<sup>2</sup>.

Pues bien, al igual que la virgen Abisag, la virgen Tula, quien también dice ser madre de su cuñado Ramiro, es la que acompaña a éste en el lecho de muerte, arropándole con su amor y su calor, y dando muestras del deseo de haber podido compartir con él algunos de sus más íntimos sueños e ilusiones.

Según Unamuno, Antígona, la griega, «representa acaso la domesticidad religiosa, la religión doméstica, la del hogar, frente a la civilización política y tiránica, a la tiranía civil, y acaso también a la domesticación frente a la civilización»<sup>3</sup>. Y todo ello por haberse cuidado de dar sepultura a su hermano Polinices y haber ejercido oficio de *sororidad* con su padre y hermano Edipo acompañándolo a la ciudad de Colona.

Algo similar cabe decir de Tula, cuya religión consiste en entregarse en cuerpo y, sobre todo, en alma al cuidado de todos sus “hijos” y en acompañar y consolar en el tránsito a la otra vida a sus “hermanos” de cuerpo o de alma –Rosa, don Primitivo, Ramiro y Manuela– porque, como dijo Antígona a Creonte, “el otro mundo (...) gusta de igualdad ante la ley”. Pero, que quede bien claro, se trata de “las leyes eternas de la conciencia, las que rigen en el eterno mundo de los muertos, en el mundo de la inmortalidad”, no de las leyes de los hombres– “los déspotas y tiranos de la tierra”– contra las que ambas mujeres se rebelan<sup>4</sup>.

El deseo de Tula de mantenerse siempre firme en sus convicciones, luchando denodadamente contra todos los obstáculos que se le crucen en su camino y haciendo honor al significado de su nombre –“fuerza de lanza”–; su afán por conciliar dos elementos aparentemente antagónicos como la maternidad y la virginidad o, lo que es lo mismo, el ideal y la realidad, aunque ello implique la incomprensión y la burla

2. *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza, 1986, p. 52.

3. *La tía Tula*, Madrid, Alhambra Longman, 1995, p. 61.

4. *Ibid.*, p. 60.

de la gente, y el reconocimiento final de su fracaso –“había pasado por el mundo fuera del mundo”<sup>5</sup>–, le confieren ese componente quijotesco que se apunta en el prólogo. Y a todo eso habría que añadir ese sutil paralelismo que nos sugiere Unamuno: la condición de tío, que no padre, de Don Quijote.

De aquella “santa del paganismo helénico” que es Antígona, hemos de dar un salto en el tiempo hasta llegar a esa santa del cristianismo español que es “la Santa Madre, y Tía, Teresa de Jesús”.

Tanto Santa Teresa como Tula son las fundadoras de sendas instituciones hogareñas dedicadas al culto a la pureza, la limpieza –Gertrudis tenía una “pasión morbosa por la pureza, de que procedía su culto místico a la limpieza”<sup>6</sup>–, la sencillez, la verdad –“las cosas sencillas y derechas y sin engaño”<sup>7</sup>– y la religión doméstica. Hasta el punto de que para Tula el más mínimo acto a realizar obedecce a una especie de rito religioso, como puede ser el de dar el biberón. “Fue un culto, un sacrificio, casi un sacramento. El biberón, ese artificio industrial, llegó a ser para Gertrudis el símbolo y el instrumento de un rito religioso. Limpiaba los botellines, cocía los pisgos cada vez que los había empleado, preparaba y esterilizaba la leche con el ardor recatado y ansioso con que una sacerdotisa cumpliría su sacrificio ritual”<sup>8</sup>.

Sólo que, en el caso de Tula, hay que matizar que ella no es la fundadora directa, sino la artífice de la fundación hecha por Ramiro y su hermana Rosa, desde el preciso instante en que decide que éstos se casen.

Una vez que estos hogares conventuales estén creados, Tula y Teresa se convertirán en objeto de adoración por parte de sus moradores, verdaderos hijos espirituales de ambas, bajo cuya disciplina y custodia se encomiendan. Además, ellas serán las abadesas encargadas de nombrar y bendecir a sus sucesoras antes de que esos hijos espirituales procedan al “canonizamiento doméstico de una santidad de hogar”<sup>9</sup>.

Por otra parte, las dos son huérfanas de madre –Tula también de padre–, lo cual les lleva a buscar amparo en la Virgen Madre, y las dos muestran una decidida y férrea voluntad de mantener incólume su virginidad, así como una firme decisión de afirmar su voz y su personalidad en un mundo hecho por y a la medida de los hombres. Además, Tula hace las veces de confesora y directora espiritual de Rosa, y Santa Teresa le expresa a su sobrino la merced que Dios le ha otorgado, “pues le ha dado mujer, con quien pueda tener mucho descanso”<sup>10</sup>. El mismo descanso que Tula consigue para su sobrino Ramirín cuando lo casa con Caridad.

Finalmente, hay que recordar la afición de Tula por leer a la santa abulense, las palabras de don Primitivo afirmando que, si su sobrina se hiciese monja, lle-

5. *Ibid.*, p. 143.

6. *Ibid.*, p. 136.

7. *Ibid.*, p. 72.

8. *Ibid.*, pp. 135-136.

9. *Ibid.*, p. 153.

10. *Ibid.*, p. 57.

garía a ser otra Santa Teresa, así como la creencia de Tula de que “la pureza es de celda, de claustro y de ciudad”, lo que la lleva a huir del campo y a refugiarse en la ciudad, donde estaba “su convento, su hogar, y en él su celda”<sup>11</sup>.

Llegados a este punto, hemos de plantearnos una cuestión de sumo interés. ¿Por qué, junto a las referencias a Abisag, Antígona y Santa Teresa, representantes de la *sororidad*, sitúa Unamuno las menciones a Caín y a su novela *Abel Sánchez*? Quizá la explicación nos la da el propio Unamuno cuando escribe:

“En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que es mejor no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín. Y aquí, en esta novela, he intentado escarbar en otros sótanos y escondrijos. Y como no ha faltado quien me haya dicho que aquello era inhumano, no faltará quien me lo diga, aunque en otro sentido, de esto. Aquello pareció a alguien inhumano por viril, por fraternal; esto lo parecerá acaso, por femenino, por sororio. Sin que quepa negar que el varón hereda femineidad de su madre, y la mujer virilidad de su padre. ¿O es que el zángano no tiene algo de abeja, y la abeja algo de zángano? O hay, si se quiere, *abejos* y *zánganas*”<sup>12</sup>.

Es decir, parece que, consciente o inconscientemente, Unamuno nos está dando pie para establecer un posible parangón entre el cainismo masculino de Caín y un cainismo femenino de Tula, al tiempo que nos permitiría pensar en una errónea interpretación en relación con la probable santidad de ésta.

Ello, en principio, podría considerarse como una muestra más del conocido gusto del rector salmantino por las dualidades y las contradicciones. Recordemos, sin ir más lejos, la existencia de los dos yo unamunianos —el agónico y el contemplativo—, así como el hecho de que en algunos de sus prólogos se afirmen ideas contrarias a lo escrito en la novela. Baste citar el caso tan significativo de *Niebla* (1914), con el prólogo de Víctor Goti quien, entre otras cosas, afirma que la versión ofrecida por don Miguel acerca de la muerte de Augusto es errónea porque, en su opinión, éste “se suicidó realmente y de hecho, no sólo idealmente y de deseo”. Por contra, Unamuno, en su post-prólogo, reafirma que Augusto murió por el “libérrimo albedrío y decisión” de su creador, y amenaza a Víctor con “hacer con él lo que con su amigo Pérez hice, y es que lo dejaré morir o le mataré a guisa de médico”<sup>13</sup>.

Además, en el prólogo de *La tía Tula* el autor nos confiesa que el parangón entre Santa Teresa y Tula no se le ocurrió a la hora de escribir el presente relato. “Ha sido después de haberlo terminado cuando aun para nuestro ánimo, que lo concibió, resultó una novedad este parangón, cuando hemos descubierto las raíces de este relato novelesco. Nos fue oculto su más hondo sentido al emprenderlo.

11. *Ibid.*, p. 109.

12. *Ibid.*, p. 63.

13. *Niebla*, Tarragona, Tàrraco, 1986, pp. 66-68.



No hemos visto sino después, al hacer sobre él examen de autor, sus raíces tere-sianas y quijotescas. Que son una misma raíz”<sup>14</sup>.

Pero lo cierto es que ese posible cainismo de Tula ha suscitado la lógica controversia entre los críticos más reputados. Así, por citar tan sólo unos ejemplos, Juan Rof Carballo afirma que “*La tía Tula* es, pese a la equivocada opinión de su propio autor, la novela de la envidia femenina”, y asegura que Unamuno se equivocó al relacionarla con Santa Teresa pues, según este psiquiatra, “la tía Tula está en el polo opuesto de lo que Santa Teresa significaba”<sup>15</sup>.

En esta misma línea se sitúa Ricardo Gullón, para quien en el prólogo unamuniano “hallamos el esquema de un personaje opuesto al novelado en las páginas siguientes, como si al terminar de escribir la novela el autor hubiera querido, una vez más, expresarse contradictoriamente, mostrando, siquiera en germen, personajes posibles que dentro de la temática propuesta se comportaran en forma distinta a la del actuante en la narración”<sup>16</sup>.

Por su parte, José-Carlos Mainer rechaza las teorías de Rof Carballo y de Gullón, porque, si Tula fuese “la inflexible encarnación de la dureza sobran efectivamente la Teresa de Jesús, la Antígona sofocleana y la Abisag del Antiguo Testamento que allí se invocan”<sup>17</sup>.

Y algo similar cabe decir a propósito de Carlos A. Longhurst, quien también rechaza la idea expuesta por los dos primeros críticos en el sentido de que la conducta de Gertrudis se debe a celos o a envidia. “Nada más fácil que haberse casado con Ramiro en primeras nupcias –escribe Longhurst–. Pero lo que Gertrudis va buscando es vivir el matrimonio a través de su hermana y no por cuenta propia”<sup>18</sup>.

Mucho me temo que esta cuestión no es tan fácil de explicar como pueda parecer a primera vista. Ni Tula es la santa caritativa que unos quieren presentar, ni la envidiosa y asesina que otros tratan de ofrecer. Tula es las dos cosas al mismo tiempo, porque ella, como todas las demás criaturas unamunianas, no es un personaje de cartón trazado de antemano en sus líneas de comportamiento, sino que es un personaje de carne y hueso, de cuerpo y alma, que se va haciendo a sí misma y que, como todo hombre bueno, “lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo lo mismo al tirano que al esclavo, al criminal que al santo, a Caín que a Abel”<sup>19</sup>.

Así sería como habría que explicar el hecho de que, junto a todas las virtudes que hasta aquí hemos expuesto, en la confesión que realiza ante el padre Álvarez se deje entrever la existencia de unos viejos y velados celos hacia su hermana Rosa

14. *La tía Tula*, p. 59.

15. “El erotismo en Unamuno”, en *Revista de Occidente*, año II, 2ª época, nº 19, Madrid, octubre 1964.

16. *Autobiografías de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964, p. 207.

17. Introd. a *La tía Tula*, Madrid, Alianza, 1987, p. XII.

18. Introd. a *La tía Tula*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 25.

19. *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Magisterio Español, col. Novelas y Cuentos, 1978, p. 225.

por haber sido ésta la elegida de Ramiro. E incluso se puede llegar a pensar que es su denodado afán de ser tía y madre el que lleva a la muerte a su hermana Rosa, al mismo tiempo que su orgullo o, como ella misma dice, su “amor propio” —es decir, su amor a sí misma, su egoísmo— sería el causante del sufrimiento y la muerte de sus otros dos “hermanos de alma”, Ramiro y Manuela.

Además, es el propio Unamuno el que nos da algunas pistas para poder justificar estas afirmaciones. Así, escribe el novelista vasco:

“De Ramirín, el mayor, una voz muy queda, muy sumisa, pero de un susurro sibilante y diabólico, que Gertrudis solía oír que brotaba de un rincón de las entrañas de su espíritu (...); de Ramirín decíale ese tentador susurro que acaso cuando le engendró su padre soñaba más en ella, en Gertrudis, que en Rosa”<sup>20</sup>.

El mismo susurro diabólico que “allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: ‘¡Muñecos todos!’”<sup>21</sup>.

A todo ello hay que añadir su empeño por desterrar del alma de Ramirín ciertas “inclinaciones ascéticas, acaso místicas” para sustituirlas rápidamente por una inclinación hacia el matrimonio. De ese modo es como se asegura que su sobrino pueda llegar a ser padre y, por ende, ella puede ser abuela.

Así pues, la verdadera dimensión espiritual de esta agonista unamuniana habrá que buscarla en sus confesiones, y no sólo en las dos ocasiones en que se nos cuenta que visitó al padre Álvarez, sino en las que resultan más esclarecedoras: la que le hace al moribundo Ramiro y la que efectúa ante todos sus hijos en el momento de partir hacia la otra vida.

En la primera de ellas, además de reconocer su amor hacia Ramiro y su miedo a los hombres, admite que quizá haya tenido “una idea inhumana de la virtud”. En la segunda, habla de la necesidad de pensar muy bien las cosas antes de hacerlas, para luego no tener que arrepentirse, como ahora le sucede a ella. Y buena muestra de su arrepentimiento es el cambio de opinión en relación con dos de sus convicciones aparentemente más firmes: la idea de no marcharse y la de no ser remedio para nadie. “Y si veis que el que queréis se ha caído en una laguna de fango y aunque sea en un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle..., que no se ahogue él allí..., o ahogaos juntos... en el albañal; servidle de remedio, sí, de remedio...; ¿que morís entre légame y porquerías?, no importa...”<sup>22</sup>.

¿Existe, pues, algún atisbo de cainismo en Tula? Para contestar a esta cuestión, lo mejor sería analizar los paralelismos existentes entre Gertrudis y Joaquín Monegro, de quien se dice algo que bien podría servir para retratar a la heroína unamuniana: “él es reconcentrado, altivo por dentro, terco, lleno de sí mismo, pero es bueno, honrado a carta cabal, inteligente...”<sup>23</sup>. Además, es frío por fuera, pero tiene “un alma de fuego, tormentosa”, como también lo es la de Tula.

20. *La tía Tula*, ed. cit., p. 133.

21. *Ibid.*, p. 150.

22. *Ibid.*, p. 152.

23. *Abel Sánchez*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 92.

Entre los diversos puntos de contacto existentes entre ambos podemos destacar el hecho de que, según Antonia, los celos que Joaquín tiene hacia Abel son el resultado de su amor por Helena, algo muy similar a lo insinuado por el padre Álvarez en la primera confesión de Tula. Por otra parte, a ninguno de los dos les vale el recurso de la huida: ni a Joaquín le sirve refugiarse en el Casino, ni a Tula en el campo; en ambos casos será peor el remedio que la enfermedad.

Tanto Joaquín como Tula consiguen adueñarse de los hijos de sus “hermanos” Abel y Rosa y hacerlos obras suyas. Y ello es posible porque ambos tienen el mismo concepto de la paternidad: no es padre o madre quien engendra, sino quien cría y ama. Y, como padres que son, deciden que la opción del convento no es la apropiada para sus hijos. Así, si Tula cortó de raíz las veleidades místicas de Ramirín, otro tanto hará Joaquín con su hija Joaquina, pues, al igual que aquélla, piensa que su convento está en su casa.

Otras semejanzas que se pueden detectar son las siguientes: el deseo de saber siempre la verdad; la consideración de lo terrible que es la soledad; la creencia en que estamos hechos de fango; la idea de que “toda madre es virgen en cuanto es madre”<sup>24</sup>; la voluntad de que los hijos casados habiten en la casa de los padres y formen parte de esa religión doméstica que se vive en el hogar; la petición a sus hijos para que recen por ellos, y la confesión hecha antes de morir, asumiendo sus culpas y pidiendo perdón por ellas.

Una vez considerado el más que probable antecedente de la novela *Abel Sánchez* (1917) en relación con *La tía Tula*, nos vamos a fijar en otras obras del escritor vasco anteriores a 1921, comenzando por *Amor y pedagogía* (1902), en la que, según afirma Unamuno, “está en germen –y más que en germen– lo más y mejor de lo que he revelado en mis otras novelas...”<sup>25</sup>.

En la figura de don Avito Carrascal podemos ver un claro precedente de la tía Tula. Así habría que considerar su rechazo de la mentira y el amor por la verdad, la idea de que se nace en pecado original, por el mero hecho de provenir de un enlace de instinto, y el seguimiento exhaustivo del proceso educativo del primogénito. Una educación en la que se aprecia el interés de Avito y Tula por la enseñanza de la geometría mediante figuras de papel y el deseo de apartarles, por vía de la censura, de todo aquello que entrañe un riesgo: tal es el caso de lo novelesco, en el caso de Apolodorín, y de la anatomía y la fisiología, en el de Ramirín.

Por lo demás, cabe añadir que el matrimonio de don Avito fue deductivo, como también lo será el de Ramirín y Caridad; que don Avito desprecia a la mujer, como Tula desprecia al hombre, y que el frustrado pedagogo acabará aceptando como suyo al hijo de Petra, la criada, al igual que Tula lo hace con los hijos de Manuela.

En el capítulo LVIII de la segunda parte de su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), leemos lo siguiente: “Don Quijote dudó por un momento de la Gloria, pero ésta, su amada, le amaba a su vez y ya era, por tanto, su madre, como lo es

24. *Ibid.*, p. 139.

25. *Amor y pedagogía*, Madrid, Magisterio Español, col. Novelas y Cuentos, 1978, pp. 36-37.

del amado toda su amante verdadera (...) Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre; la mujer prohija a quien ama. Y así, Dulcinea es ya madre espiritual, no tan sólo señora de los pensamientos, de Don Quijote...”<sup>26</sup>.

También podemos mencionar los relatos *El sencillo don Rafael (Cazador y tresillista)* y *Soledad*, incluidos en el volumen titulado *El espejo de la muerte* (1913).

El primero de ellos nos cuenta el caso ejemplar de un hombre soltero que encuentra en la puerta de su casa a un recién nacido. En una actitud que nos trae al recuerdo la de Tula, se negará a entregar al niño al Hospicio y se dispondrá a asumir su crianza, convirtiéndose en verdadero padre del desvalido. Si tiene que renunciar al sueño y al descanso para acallar al niño, lo hará con gusto, porque, según afirma, “ante todo, respeto a mi hijo”<sup>27</sup>. Tras casarse con la nodriza del niño, tuvo diez hijos más, con lo que también él se aseguró la supervivencia *post mortem*.

*Soledad* tiene como protagonista a una joven huérfana de madre, que, ignorada por su padre y por su hermana, acaba poblando su soledad “con ensueños maternos” y que un buen día descubre lo que es el amor por un hombre. Un amor que va inexorablemente unido al conocimiento de la condición brutal del hombre, del macho –concepto similar al que tenía Tula–, cuando aquél decide abandonarla. “Y se hundió en sí misma, refugiándose en el culto a su madre, en el culto a la Virgen. Y no lloró, porque su dolor no era de lágrimas: era un dolor seco y ardiente”<sup>28</sup>.

Al cabo de los años, se convirtió en una vieja solitaria y caritativa, dedicada a remediar las necesidades ajenas. Una mujer con la que el narrador ha trabado una cierta relación, gracias a la cual ha podido conocer su concepto negativo de los hombres y de los libros eróticos. Una mujer acerca de la cual Unamuno nos hace la siguiente pregunta: “¿comprendéis lo que es la soledad en un alma de mujer, y de mujer sedienta de cariño y hambrienta de hogar? El hombre tiene en nuestras sociedades campos en que distraer su soledad; pero una mujer que no quiere encerrarse en un convento, ¿qué ha de hacer solitaria entre nosotros?”<sup>29</sup>

Pero, sin duda, las dos novelas en las que resulta más evidente el paralelismo con *La tía Tula* son las tituladas *Dos madres* y *El marqués de Lumbría*, que forman parte de las *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920).

Ya en el Prólogo, Unamuno nos dice que sus “agonistas, es decir, luchadores –o si queréis los llamaremos personajes–, son reales, realísimos, y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que le den los lectores”<sup>30</sup>.

Y una de esas agonistas es Raquel, la viuda protagonista de *Dos madres*, marcada en lo más hondo de su alma por el tormento de no tener hijos, y viviendo

26. *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1971, p. 181.

27. *El espejo de la muerte*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1977, p. 18.

28. *Ibid.*, p. 68.

29. *Ibid.*, p. 69.

30. *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, p. 219.

en un hogar solitario que “era como en un monasterio la celda de una pareja enamorada”<sup>31</sup>.

Esta firme y voluntariosa mujer está marcada, como Tula, por el deseo de querer ser madre en cuerpo ajeno, aunque ello signifique arrojar al hombre amado hacia otra mujer, porque, en definitiva, el hombre es tan sólo un instrumento puesto al servicio de sus ansias de maternidad. Y, al igual que Tula, considera que el matrimonio se instituyó “para casar, dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo”<sup>32</sup>. Como diría Raquel, de lo que se trata no es de amar a la mujer, sino de “empeñarla”, aseveración esta que Tula suscribiría en su totalidad.

Además, ambas tienen en común la negrura insondable de sus ojos; la negativa a adoptar hijos; la emoción al conocer la noticia del embarazo de las que podríamos considerar como madres sustitutas o madres biológicas, frente a ellas, que son las verdaderas madres, las madres espirituales; la imposición de los nombres a los recién nacidos, a cuyos cuidados se van a dedicar en cuerpo y alma, para lo que no dudan en instalarse en el hogar del matrimonio ni en organizarlo y disponerlo todo a su antojo. Y, puestos a rematar esa similitud, resulta harto elocuente la imagen repetida de esos pechos estériles, henchidos de una roja sangre que no llegaría a convertirse en blanca leche.

A Tula y a Carolina, la protagonista de *El marqués de Lumbría*, les une el rechazo de los coqueteos y los “cortejos” amorosos; la aprobación que en ambos casos han de dar a los matrimonios de sus respectivas hermanas, unas hermanas totalmente opuestas a ellas y que morirán de sobrepeso; el deseo de que entre la luz y se sepa la verdad, y su “entereza varonil” a la hora de llevar adelante sus planes.

Incluso podemos ver también algún antecedente en la otra novela ejemplar, *Nada menos que todo un hombre*, aunque en esta ocasión el protagonista sea Alejandro Gómez, un hombre que dice no vivir de apariencias, sino de realidades y que, al igual que Tula, no revela a su mujer el amor que le profesa hasta el momento en que ésta se encuentra a las puertas de la muerte.

También Alejandro decidió llevar a su esposa al campo para ver si así conseguía poner orden en su cabeza. Pero este intento resultó igualmente infructuoso y tuvieron que regresar a los pocos días a la corte. E igualmente, como ocurría con Tula y con Abisag, él es el encargado de abrazar y acompañar a Julia en el momento de su fallecimiento. Mas él, que no es sino todo un hombre, reacciona como tal y se quita la vida, sin importarle la suerte que pueda correr su hijo.

En definitiva, Raquel, Carolina y Alejandro son, como Tula, los personajes dominantes, y los demás son sus víctimas o sus muñecos. Y Unamuno no condena a ninguno de los cuatro ya que, en realidad, todos ellos son víctimas –como también lo fue el propio Unamuno– de ese “querer ser”, que es, “en su seno, el creador, y es el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que

31. *Ibid.*, p. 228.

32. *Ibid.*, p. 229.

hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser”<sup>33</sup>.

Porque no podemos pasar por alto que el mayor y más cercano de los antecedentes de la tía Tula es el propio Unamuno, quien depositó en sus criaturas o entes de ficción buena parte de sus vivencias, anhelos, temores, frustraciones y contradicciones; es decir, una buena parte de su alma. Así parece reconocerlo el escritor vasco cuando, en el prólogo a sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, y a propósito de la más que posible identificación entre él y el protagonista de *Niebla*, escribe lo siguiente:

“¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!...” –se me dirá–, ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima –que es todo un pueblo–, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente –o inmanente– ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo...”<sup>34</sup>.

Pues bien, ni Tula ni Unamuno saben con certeza quiénes son, pero sí saben quiénes quieren ser, y en ese empeño llegan a compartir las notas dominantes que destacaba Antonio Machado en la personalidad del escritor vasco: “el impulso acometedor, la ambición de gloria, y la afirmación constante y decidida de su personalidad”<sup>35</sup>.

En efecto, creador y criatura destacan por su tozudez, por el deseo de afirmar su personalidad y sus creencias por encima de cualquier imposición o limitación exterior. En tal sentido, convendría recordar la idea expuesta por Unamuno en su obra *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), cuando afirma que la vida es lucha, tragedia, contradicción<sup>36</sup>, y que incluso el amor es también una lucha, un egoísmo mutuo. “Y es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad”<sup>37</sup>.

Para Unamuno, al igual que para Tula, “el organismo de la mujer está diseñado para concebir, gestar y amamentar al niño”<sup>38</sup>, porque “la mujer es ante todo y sobre todo madre. El instinto de la maternidad es en ella mucho más fuerte que el de la sexualidad”<sup>39</sup>. De ahí que Unamuno pueda hablar de una maternidad virginal, aplicable no sólo a la tía Tula, sino a su propia mujer, Concha Lizárraga, madre de nueve hijos.

A propósito de la maternidad, algo que ambos tienen igual de claro es que no hay que confundir la maternidad biológica con el ejercicio de la misma. Si Tula

33. *Ibid.*, p. 221.

34. *Ibid.*, pp. 223-224.

35. ANTONIO MACHADO, “Divagaciones”, *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1980, p. 91.

36. *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, cfr., pp. 36 y 221.

37. *Ibid.*, p. 128.

38. *Soliloquios y conversaciones*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral., 1979, p. 152.

39. *Ibid.*, p. 148.

puede sentirse madre en plenitud, es porque su creador opina que “uno no es propiamente hijo de quien lo engendró –cosa muy fácil y sin mérito alguno–, sino de quien lo crió, formó y educó, poniéndolo en el puesto que le corresponde”<sup>40</sup>.

A los dos les une también el deseo de no morir, “la sed de eternidad”, “el ansia de perpetuar el nombre y la fama. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida...”<sup>41</sup>, la cual les lleva a obrar “de modo que nos hagamos insustituibles, acuñando en los demás nuestra marca y cifra; obrando sobre nuestros prójimos para dominarlos, dándonos a ellos, para eternizarnos en lo posible”<sup>42</sup>. De esa forma se acabará consiguiendo “que nuestros hermanos, hijos y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos, reconozcan que no debimos haber muerto...”<sup>43</sup>.

¿Y no es todo esto lo que perseguía y lo que acabó consiguiendo la tía Tula? Efectivamente, y por eso tanto ella como don Miguel acabaron convirtiéndose en “creadores” de unos personajes que, en alguna medida, son una reencarnación suya, y, dado que los personajes no mueren, tampoco lo hacen sus autores, quienes, de esa manera, consiguen asegurarse la inmortalidad por la que tanto suspiraban.

Algo que también parece inherente a ambos es el amor por la verdad, el cual debe prevalecer incluso por encima de la paz. “No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo (...). La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa. Y para mayor brillo la he puesto en latín: *veritas primus pax*”<sup>44</sup>. Un amor a la verdad que, en el caso de Tula, había permitido a su creador establecer un sutil paralelismo con Eva, por cuanto ambas estaban obsesionadas “en conocer la ciencia del bien y del mal”<sup>45</sup>.

Lo mismo cabe decir del rechazo de la sensualidad, el erotismo y la pornografía, incluso en el seno del matrimonio, porque, como escribe Víctor Goti, refiriéndose a Unamuno, éste “estima que la preocupación libidinosa es lo que más estraña la inteligencia”<sup>46</sup>. Por ello, conviene recordar que Tula rechaza los noviazgos e incluso la sensualidad que existe en el matrimonio para poder procrear a los hijos. De ahí que mande a su cuñado a pedirle perdón a Rosa por el embarazo, que se niegue a convertirse en un “remedio” matrimonial para la sensualidad de su cuñado y que trate de ocultar a los niños todo lo relativo al sexo. Porque su hogar ha de ser “limpio, castísimo”, y no se puede ensuciar ni con palabras, ni con miradas, ni con olor a hombre.

40. *Ibid.*, p. 10.

41. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 65-66.

42. *Ibid.*, p. 227.

43. *Ibid.*, p. 228.

44. *Soliloquios y conversaciones*, pp. 37-38.

45. *La tía Tula*, p. 135.

46. *Niebla*, p. 64.

Otro punto de contacto entre Unamuno y Tula son las dudas y los conflictos íntimos que les aquejan y que incluso les llevan a interpretar a su manera determinados aspectos de la religión. Nos hallamos ante una actitud que podríamos considerar cercana al protestantismo o al “anarquismo místico”, que diría el pobre don Fermín de su novela *Niebla*. Así habría que entender estas palabras: “¡El cristianismo, al fin, y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres –se decía Gertrudis–; masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!...”; pero, en definitiva, hasta el mismo Hijo no es sino “¡Hombre al fin!”<sup>47</sup>.

El rechazo de Tula a la vida conventual se debe a la unión de dos factores: el deseo de no tener que supeditarse a las órdenes de alguien superior a ella, y la consideración de la inutilidad de una vida retirada y contemplativa, frente a esa otra vida de acción que tanto le gusta y tanto necesita. En este segundo considerando volvemos a encontrar una vez más el cordón umbilical que une a Tula con don Miguel, quien también se había manifestado contrario a la vida monástica: “¿No es una inmensa paradoja, un gran contrasentido trágico, más bien, la moral toda de la sumisión y del quietismo? La moral monástica, la puramente monástica, ¿no es un absurdo? Y llamo aquí moral monástica a la del cartujo solitario, a la del eremita, que huye del mundo –llevándose acaso consigo– para vivir solo y a solas con un Dios solo también y solitario...”<sup>48</sup>. Algo similar a lo que había hecho decir a Joaquín Monegro, cuando rechazaba la idea de la vocación de su hija debido a que, en su opinión, la mayoría “de las que van monjas, o van a trabajar poco, a pasar una vida pobre, pero descansada, a sestear místicamente, o van huyendo de casa, y nuestra hija huye de casa, huye de nosotros”<sup>49</sup>.

Y es que, para Unamuno, la vida de acción no se limita sólo a la vida terrenal, sino que debe extenderse incluso a la vida eterna, la cual no puede entenderse ni sentirse “como una vida de contemplación angélica; ha de ser vida de acción”<sup>50</sup>.

Por lo demás, podemos señalar otros rasgos comunes a Tula y a don Miguel, como pueden ser la lectura de Santa Teresa de Jesús, el gusto por el mar y la montaña, el interés por la vida de las abejas, y el dominio del arte de la papiroflexia o, como solía decir el escritor vasco, la cocotología. Si Unamuno era un auténtico experto en la construcción de figuras de papel, Tula es un prodigio en la creación de los cinco poliedros regulares.

Y, para terminar, tenemos que referirnos al desprecio que muestran los dos hacia las señoras y las señoritas, a las que no consideran auténticas mujeres, porque sólo leen “o sensiblerías que destilan mangla o pornografías que chorrean pus” y “se extasían, o ante un traje montado sobre un maniquí, si el traje es de moda, o ante el desvestido o semidesnudo; pero el desnudo franco y noble les repugna. Sobre todo el desnudo del alma”<sup>51</sup>.

47. *Ibid.*, p. 131.

48. *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 240.

49. *Abel Sánchez*, p. 168.

50. *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 241.

51. *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, p. 227.



Aquí damos por concluida la enumeración de los que hemos considerado como principales antecedentes del personaje de la tía Tula, entre los cuales hemos querido destacar de manera relevante el que significa su propio creador. Porque, como decía Unamuno en el prólogo a la segunda edición de *Abel Sánchez*, “todos los personajes que crea un autor, si los crea con vida; todas las criaturas de un poeta, aun las más contradictorias entre sí –y contradictorias en sí mismas–, son hijas naturales y legítimas de su autor –¡feliz si autor de sus siglos!–, son partes de él”<sup>52</sup>.

52. *Op. cit.*, p. 80.

